

2002

La Casa de Julio Cortázar

Beatriz Colombi

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Colombi, Beatriz (Primavera-Otoño 2002) "La Casa de Julio Cortázar," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 55, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss55/12>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA CASA DE JULIO CORTÁZAR

Beatriz Colombi

Universidad de Buenos Aires

Un público, mayoritariamente joven, desbordaba el recinto semicircular de la Casa de América en Madrid el martes 13 de mayo pasado. Escritores y críticos integrantes de la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar con sede en Guadalajara, México – Saúl Yurkievich, Julio Ortega, Sealtiel Alatríste, Raúl Padilla y Carlos Fuentes – se habían reunido para conmemorar los 40 años de la publicación de *Rayuela*. La ceremonia cerró con una invocación, casi una conminación de Carlos Fuentes para que el espíritu del homenajeado se hiciese presente. El silencio ritual que siguió a su pedido hizo creer en el prodigio.

Llevada por todas estas sensaciones y calibrando la emotividad inusual desplegada en el encuentro, me pregunté ¿cuál sería la vigencia de Cortázar en la Argentina, donde, curiosamente, hasta hoy este aniversario ha sido ignorado? Había escuchado esa misma mañana la cita de una frase de Manuel Puig sobre su tierra natal, “esa tierra de la envidia”, lapidaria y ciertamente justa, habida cuenta su largo exilio y prohibición. ¿Habría caído Julio Cortázar en ese pozo del olvido al que confinan las fluctuantes políticas literarias nacionales a algunos de sus escritores? Masivamente leído en los colegios secundarios argentinos, profusamente imitado en los inefables talleres literarios, ampliamente reproducido en las revistas culturales de todo tipo y color, como si sus usos y apropiaciones hubiesen agotado su estrella, Cortázar tuvo su apogeo pero también tuvo su ocaso. Este último tocó su piso más bajo cuando su visita a la Argentina en 1983, luego de la recuperación democrática que ponía fin a casi una década de violencia y desapariciones, denunciadas por Cortázar desde el exterior, lo que le había valido la censura de su libro de cuentos *Alguien que anda por ahí* y la transformación de su exilio voluntario de 1951 en exilio político en

1976. Paradójicamente, su viaje a Buenos Aires pasó casi desapercibido para los medios, las nuevas autoridades, y muchos de los intelectuales atrapados en infructuosas polémicas entre los que se fueron y los que se quedaron durante el Proceso Militar (1976 - 1983). Pensaba volver para una estadía más prolongada al año siguiente, pero la muerte aplazó para siempre la reconciliación con el país y Cortázar, como otros escritores de la diáspora hispanoamericana no gozó del reparador regreso a casa.

En los 90 la reedición de su obra completa en Alfaguara reavivó la lectura y reconsideración del legado cortazariano, aunque todavía sigue siendo un padre huérfano de hijos, a diferencia de Borges que se instala cómodamente entre parricidas y seguidores. Sus textos reclaman un espacio de *performance* ideal en el que un narrador encanta a su círculo de lectores-escuchas, de allí la proximidad de su voz en las grabaciones y esa ilusión de un coloquio interminable. Se ha dicho que su léxico, su sintaxis, su cadencia – y no me refiero a su marcado toque nasal, sino la inflexión de su acento – lo separan del presente para ubicarlo en un Buenos Aires de las décadas del 50 o 60, en una anacronía que rompe el encantamiento y el efecto de inmediatez que su escritura promete. Sospecho que es una falsa suposición: su pretendida oralidad fue también un juego, una rayuela un collage vanguardista. Cortázar preservó su lengua rioplatense – con la persistencia del lunfardo, el coloquialismo, los giros, el voceo, el “che” – pero la usó como un material más, junto a otros registros y variables, construyendo no un “idioma de los argentinos” sino un habla propia, personal, un híbrido fraguado en la exterioridad y la intemperie. Una lengua con apariencias de oralidad pero tan artificial como el “gíglico” que hablan La Maga y Horacio Oliveira en *Rayuela*. Hoy su voz ha entrado en una espiral, donde ecos y vibraciones, modulaciones y resonancias se contaminan y deforman, escapando de las casillas del espacio y el tiempo.

Por eso, en los últimos años, su fortuna ha dado un vuelco. Una multitud escuchó la maratón de lectura de su obra durante más de tres horas en la última Feria del Libro de Buenos Aires en mayo de este año, en la universidad se ha vuelto a estudiar a *Rayuela*, sus textos leídos han sido reeditados en formato CD y surgen, aquí y allá, homenajes y ediciones. Tardío, todavía algo dolido por el olvido, Cortázar ya ha emprendido el regreso a casa.

Aunque esto ya no tenga tanta relevancia. Su casa no sufre el lastre de lo nacional ni el deterioro de la moda. La casa bien puede ser abandonada y arrojarse la llave por la alcantarilla. O extenderse más allá de la ventana, como el tablón de cedro que une a Oliveira, Talita y Traveler. No es un territorio, sino un espacio ensamblado por pasajes, boulevares, plazas, frágiles puentes entre París, Buenos Aires, México o Madrid. El “lado de acá” y “el lado de allá” ya se funden y confunden en el ubicuo Pasaje Güemes-Galería Vivienne. Enhorabuena.